

ECO DEL SEGURO

AÑO. VIII.

CHIZA 7 ABRIL DE 1912.

NÚM. 360

DIEGO TORTOSA

Dar á los vientos de la publicidad, con todo el entusiasmo posible los triunfos de nuestros paisanos y las glorias de los hijos de Cieza, es rendir un tributo á la patria chiezana y ceñir á sus sienas una corona de laurel inmortal; es hacer que el nombre de nuestro pueblo figure á la cabeza en el gran concierto universal de las naciones cultas.

Yo, entusiasta de todo lo que á ese pedazo de hermoso cielo le dé esplendores, no me doy paz á la mano, en cuanta ocasión se me presenta, para publicar en la prensa todo lo que es digno de encomio.

Hoy se me presenta ocasión para ello y lo hago lleno de entusiasmo, lleno de ilusión lleno de alegría.

El día de Jueves Santo, fué uno de los pocos que tuve amargos en mi vida. Penosa y amarga fué mi existencia en ese día. Los sinsabores y las decepciones llenaron de hieles á mi alma. Un hado fatal y misterioso, todo loestrellaba ante mi presencia. Sufría, pero sufría, resignado, confiando en la suprema misericordia del Dios de los dioses, del Rey de los reyes y del Martir mas inocente de los mártires. Y así pasé las doce horas primeras, luchando en mi ser el ánimo y la desesperación; la esperanza y la fé con la duda y el desasosiego hasta que llegó la tarde radiante de luz y de hermosura, y acompañado de amigos cariñosos que me daban alientos y que procuraban con sus expresivas frases levantar á mi espíritu abatido, me dirigí á la antigua y vieja Catedral madrileña.

¡Predicaba Tortosa y habia que oírlo!

¡Como gozó el alma de oír al querido compañero de la infancia, al cariñoso amigo, al ilustre chiezano encantar al selecto y numerosísimo auditorio, entre el que figuraban distinguidísimas personalidades de todas las clases de la intelectualidad!

Tortosa abrió los labios al subir al púlpito y cautivó á todos los oyentes; Tortosa dijo algo, muy poco del inmenso caudal científico

que en sí guarda; extasió á cuantos le escuchamos todo lo que dijo enajado de flores del pensil galano del bien hablar y de pensamientos profundos del jardín esplendoroso de Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de Santo Tomás, de San Agustin, de Balmes; de Castelar y demas antorchas deslumbradoras en las ciencias filosóficas teológicas.

No nos ciega la ilusión porque sea Tortosa nuestro, porque sea chiezano; no. Tortosa como Cesar. Llegó á Madrid *nió* y *venció*, con la gloria de los más ilustres caudillos, con el ardor de los más esforzados campeones; con la brillantez de los más egregios poetas, con el fuego de los más ardientes guerreros, con el sabor de los sabios más insignes.

Tortosa ocupa, apenas llegado á Madrid, un puesto preeminente, por propio derecho.

Nosotros fuimos de los primeros que estuvimos el honor de abrazarlo despues de su sermón, hermosísimo, profundo. Y la emoción hizo asomar á nuestros ojos una lagrima, cuando vimos á aquel joven rodeado de altas personalidades disputándose el honor de estrecharla mano de aquella lumbrera de la Iglesia católica. Y brotó de nuestros ojos una lagrima porque su primer abrazo fué para el que escribe, rindiendo, con esta distracción un inquebrantable tributo á nuestra amistad tan grande como antigua y tan antigua y tan grande, como franca y sincera.

¿Que exageramos? Oíd lo que de él escribe «El País» periódico francamente republicano y anticatólico, al hacer la crítica de los sermones predicados, Jueves, Santo, en esta Corte.

EN LA CATEDRAL

SERMÓN DE MANDATO

A las cuatro en punto, despues de la ceremonia del lavatorio, ha ocupado la sagrada cátedra el canónigo de esta iglesia catedral, Don Diego Tortosa, cuyo sermón habia despertado gran expectación entre los aficionados á esta clase de espectáculos, donde es corriente que se haga, luminosa exposición de retórica pedestre, de trapos mugrientos y se ponga en circulación, para pología católica y propia de estos días de faustos y solemnidad.

La presencia del orador en el

púlpito hubo de inspirarnos simpatía por su ademán resuelto y actitud gallarda, su voz aunque débil, bien timbrada y que en los momentos de exaltación se deja oír bien. El exordio fué breve y castizo y tras los párrafos de exposición, acomentió el tema con energía y con una amplitud de miras y liberalidades de orientación propia de un espíritu cultivado, que apunta la verdad sin temor á sus destellos, aunque matizándolos, ¡cómo no! con cierta tendencia en armonía con su representación.

Sus acentos entusiastas, encomiando las ideas de fraternidad y de igual, fueron tan vibrantes y calurosos que se nos mostró claramente el espíritu cultivado y la inteligencia bien eleccionada de este joven modesto, que viene á llenar un hueco, harto tiempo vacío, en la oratoria sagrada.

Sus conceptos sobre la igualdad católica nos parecieron inexactos y apasionados, pero perdonémosle, en gracia á la castiza, elocuente y casi tribunicia exposición. Una mentira en labios elocuentes hará siempre su camino!

A quienes nos tildan de parciales, les remitimos estos juicios que sentimos adolezcan de sobriedad.

No somos ciegos ante el verdadero mérito, y cuando, como en esta ocasión se manifiesta, obtiene nuestra simpatía y nuestro aplauso.

Si despues de lo que precede aun se nos moteja de parciales, quién tal haga, ni merece el dictado de sincero y de justo, ni merece llevar el nombre de chiezano.

Nuestro mejor aplauso al amigo Tortosa es un abrazo desde estas columnas y el mejor galardón para nuestro pueblo, es decir por doquiera que esa gloria que Madrid alaba y que ese sol que en la Corte aparece deslumbrando con sus potentes rayos ha nacido en Cieza.

Nuestro orgullo debemos cifrarlo en propalar que el insigne Doctor en Teología, Don Diego Tortosa, es chiezano.

RAMÓN M.^a CAPDEVILA.

AUTORES CÓMICOS

(PERFILES)

Señor Don Miguel Moya.

Muy señor mío.

Me pide usted un retrato, y ahí va volando.

Me pide usted la vida. Pues se la mando.

Soy procedente—dican—de Zaragoza donde vi, desahogado, la luz del día, y doado aquel instante ya me retoza rop el cuerpo y el alma la poesía.

Porque, eso sí, los vates somos precoces, y caíamos los rípios con chichonera. Hay trovador de pecho, que empieza a cocer y acaba en segundillas con la niñera.

Yo no apunté los meses de mi lactancia, por lo cual no recuerdo lo que he mamado, pero juro, señores, aunque es jactancia, que he sido, y continúo, muy bien criado. Creo que eché los dientes; aunque me choca eso de *echar los dientes*; porque yo encuentro que llevando los dientes siempre en la boca no los echamos nunca, si quedan dentro. Amé, como aman todos... ¡a los seis años! Siempre hay alguna prima con quien se juega causa de mil placeres y desengaños, porque al fin le pegamos, ó ella nos pega. Creí, sin yo notarlo, tal vez dormido. En cerrando los ojos, ya me estiraba, así es que, francamente, nunca he podido saber en qué momentos me prolongaba. Estudié como todos... entre boicas, y puntapiés, y gritos de mi maestro; y aprendí, como todos, cosas muy feas á la par que la Salve y el Padre Nuestro.

Al fin, vine á la corte, con pocos cuartos, y la cabeza llena de redondillas, y he tenido en la corte bastantes parlós, ó sean narzulejas y picceñillas. Pero no las recuerdo por alabarme: es que ellas me recuerdan á todas horas, el gusto que me causa poder colearme con las ciples y el coro de las señoras.

También compongo coplas, cuando me pongo y hasta me dan por ellas para unas boicas, pero nunca dejo dicho que las compongo debo advertir, señores, que no están rotas. De mi físico... nada, no digo nada; no quiero que me tachon de vanidoso: ahí está mi cabeza, muy bien *firada* por un procedimiento maravilloso.

No soy gampo ni feo; soy como muchos; y tengo mis lunares como cualquiera. En fin, soy uno de esos mil avechuchos que van por esas calles con su chistora.

Ahora... dentro del alma, ya es otra cosa. Allí, en un rinconcito... y en lo más hondo, tengo una cosa negra; ¡pero qué cosa! Con un peso tan grande, que rompe el fondo.

¡Bramos tres en casa, que nos amábamos! Paraíso con puertas y con pasillos, en él, á cada instante nos encontrábamos, y reíamos todos como chiquillos.

Las noches del invierno, las del verano, ¡qué alegres las pasaba!... Siempre tenía cuatro manos amigas junto á mi mano; y una boca, ó dos bocas, sobre la mía.

De pronto, una mañana, porque Dios quiso alzó el ángel las alas pequito á poco, y se quedó sin ángel mi paraíso, y yo creí aquel día volverme loco.

Aún me parece verlo! No dijo nada. Voló su miradita, tras de los rayos del sol, que fué á cogerlo sobre la almohada porque además de amigos... eran tocayos.

Dos soles alegraban mi vida entera que hoy se extingue en cenizas como la brasa. El sol que es para todos, y aun brilla fuera y el sol que yo tenía dentro de casa.

Y, ahora, solos y tristes los pobres viejos, contemplando en silencio la chimenea, pensamos en el nuestro, que está tan lejos, tan lejos... ¡que no hay nadie que ya lo vea!

Y así paso la vida como otros muchos, con el alma en la rueda de horrible potro porque soy uno de esos mil avechuchos que van por este mundo... por no irse al otro.

CONSTANTINO GIL.

